

Mas apenas me acerqué á la estrecha ventana del cuartito de Tecla, me avergoncé de mis sospechas.

Amelia se hallaba sentada ante su velador, y cosía.

Habia cambiado su traje de calle por otro elegantísimo de forma princesa á rayas blancas y negras.

Noté en su frente una tranquilidad dulce, muy distante de las negras nubes que antes la envolvían.

En sus lábios vagaba una sonrisa de felicidad, y sus inclinados párpados daban á su dulce rostro una expresion de serenidad adorable.

Acaso era la seguridad de mi afecto lo que habia calmado la dolorosa tempestad de su alma.

Al pensar esto, caí de rodillas, y mi alma se elevó al cielo en una plegaria muda.

Ya habia cerrado la jóven las maderas de su balcon y aún permanecia yo postrado y en adoracion ante su imágen, fija en mi memoria.

X.

Desde aquel dia, una pura y serena amistad nació hácia mí en el alma de Amelia: tal á lo ménos me lo parecia, y tal llamaba yo tambien

al sentimiento irresistible que hácia ella me conducía.

Yo no me conocia; y de aquella época feliz, y la más bella de mi vida, data mi completa regeneracion moral; todos los desórdenes que antes me habian arrastrado me causaban un invencible horror; las mujeres de vida alegre en cuya compañía constante habia vivido, y que iban ya convirtiendo mi buena educacion en un trato vulgar y casi grosero, se me hicieron insoportables; el juego me repugnaba; la pura atmósfera en que vivía no se parecia en nada á aquella en que antes habia vegetado. Amelia derramaba en torno suyo como una aureola de luz plácida, dulce y consoladora.

—¿Qué se hace Vd. el dia que no viene á verme por la noche? me preguntó en una ocasion.

—Me voy al teatro, le respondí.

—¿Y despues?

—A un café, donde paso hasta las dos ó las tres de la mañana.

—¿No trabaja Vd. nada?

—Por la tarde un rato.

—¿Cuántas horas?

—De dos á tres.

—De modo, dijo Amelia con aquella triste sonrisa que era su más violenta acusacion; de modo que, en las vinticuatro horas de que consta el dia y la noche... trabaja Vd. *dos ó tres* horas solamente?

—No necesito más para atender á mis tareas periodísticas.

—¿No aspira Vd. más que al pan de cada día, al mezquino alimento del cuerpo?

—¿Y qué otra cosa se puede alcanzar en este país?

—*Todo* se alcanza en todos los países; y en este quizá más que en otro alguno, porque no hay quien aspire á ello: ¡y qué! Vd., dotado de alta y clara inteligencia, jóven, y poseyendo buena salud, ¿no ha soñado nunca más alto destino? ¿se ha contentado siempre con la mezquina retribucion de un poco de dinero? ¿no ha buscado los goces supremos del estudio y del trabajo intelectual? ¿no ha deseado llegar á la gloria?

—¡La gloria! repeti tristemente; ¡oh, señora! ¿qué es la gloria? ¡Amigos tengo que corren tras ella toda la vida, y que jamás han podido alcanzarla!

—Por que no la han buscado con fé, ó acaso porque no tenían en el alma todo el fuego sagrado que se necesita para alcanzarla, exclamó Amelia con calor; y dado caso que Vd. tampoco pudiera llegar á ella, ¿hay algo comparable á la dulce satisfaccion que deja en pós de sí el santo y noble trabajo? ¿Hay nada tan bello, tan dulce, como la satisfaccion de sí mismo? Yo, débil mujer, ¿no le doy el ejemplo del valor y de la constancia?

Nada respondí á estas palabras, é incliné la cabeza avergonzado y confuso. Toda mi vida pasada de ociosidad, en la cual habia agotado los medios que mi familia habia podido proporcionarme; el cruel abuso que habia hecho del cariño paterno y maternal; la existencia estéril y *elegantemente* infame, que habia llevado durante seis ú ocho años, se desarrollaron ante mis ojos, y me avergoncé de mí mismo y de mi pasado.

—Amigo mio, prosiguió Amelia con dulce y persuasiva voz: hay mil medios para que usted salga de la oscuridad en que yace: el hombre superior tiene el deber de sobresalir de la multitud ó de procurarlo al ménos; salga Vd. de ella por uno de los infinitos caminos que tiene; piense, y luego escriba un buen libro y una buena comedia al año; emprenda con valor una carrera, y sigala poco á poco con estudio constante y decidido; el dia que la acabe con brillantez, será un hombre y no un pária en la sociedad: sobre todo, mi querido Mauricio, prosiguió con aquella dulzura melodiosa y penetrante que llegaba con su acento hasta el alma; sobre todo no se acueste Vd. una sola noche con este amargo pensamiento: "hoy he echado un día al abismo;" sino dígase Vd. para descansar con tranquilidad: "hoy he empleado el dia útilmente, hoy he trabajado, hoy he sido hombre, en fin, y no un gusano vil de la tierra que se ha ocu-

pado, como la langosta en el campo, de buscar solamente el alimento material.»

Tras de muchos dias de decirse esto con razon, es decir, tras de la constancia, llega la gloria cuando se poseen las dotes que Vd. posee; no lo dude Vd., amigo mio, concluyó la jóven elevando al cielo sus azules ojos, como para tomarle por testigo de su aserto.

—¡Trabajaré exclamé mirando con entusiasmo el blanco y puro rostro de Amelia, que se habia teñido de un bello sonrosado, y sus rãs-gados ojos, en los que brillaba la conviccion; ¡oh sí, trabajaré!

—Piense Vd. antes con madurez en qué, me dijo ella gravemente; piense á qué alcanzarán sus fuerzas, y sobre todo en qué es aquello á que le llama una verdadera y ardiente vocacion: solo despues de haberlo meditado maduramente es cuando debe decidirse.

—¿Me permitirá Vd. que la vea como ahora?

—Si trabaja Vd., me verá más, ya que mi amistad es grata para Vd.

—Una hora de hablarla y de oirla, despues de muchas de trabajo, será para mí la más grata recompensa.

—Cuente Vd. con ella, pues; pídamе consejo, quéjese á mí de sus luchas, de sus dolores, de sus decepciones; siempre hallará su refugio en mi corazon; yo le sabré alentar, consolar y sostener, y verá como, aun sin lo que el mundo

llama amor, hay afecciones santas é indestruibles en la vida.

¡Qué dias aquellos, pasados en la santa comunidad del pensamiento con mi dulce, con mi santa Amelia! ¡Cómo el talento que luego me ha concedido el mundo, brotó como una flor en un erial, y cómo las nieblas de mi alma se disiparon rápidamente ante la pura luz de la meditacion y del sentimiento que llenaba mi corazon! ¡Oh dias bellos y serenos! ¡Noches larguísimas del invierno, breves como un soplo al lado de aquella criatura, ángel por el alma y poeta por el pensamiento! ¡Ya no volveréis jamás; pero vuestro recuerdo solo podrá borrarse en mi alma con el hálito helado de la muerte!

Todo se acaba, todo se rompe en este mundo; el sentimiento se gasta y se embota, á no estar arraigado en una naturaleza noble y tierna: la amistad está sujeta á mil miserables peripecias de la vida humana; pero el lazo de *pensar juntos* no se rompe jamás.

Decidí, al fin, el camino que debia dar á mi inteligencia; antes de fijarme en él, medité y pensé muchos dias, y di parte á Amelia del estudio que de mí mismo hacia: ella aclaraba todas las oscuridades de mi espíritu y me sostenía en mis frecuentes vacilaciones. Al fin, y de comun acuerdo, decidimos que continuaria mis abandonadas matemáticas, y que seguiria la carrera de ingeniero, escribiendo á la vez un

libro filosófico y grave, puesto que á ello sentía una irresistible inclinacion.

—Yo felicito á Vd., amigo mio, me dijo Amelia, de que su talento le incline hácia ese camino; no es que yo no admire á los poetas; pero la época es prosáica, como pensadora y materialista, y además las rosas de la poesía convienen mejor para ceñir las blancas sienes de la mujer que la altiva frente del hombre; publico Vd. su libro en el folletín de un periódico, sin temor á rebajar por eso su mérito: si es verdaderamente bueno, él se hará lugar, y será estimado como merezca: pero no por eso abandone Vd. los trabajos que en el periodismo tiene encomendados: para trabajar, es menester vivir, y no se vive sin medios materiales: lo grande, lo honroso es saberse doblegar á adquirirlos y vivir por sí propio y sin deber nada á la munificencia ajena.

Mis amigos, asombrados de mi completa desaparicion de su círculo, trataron de averiguar lo que hacia, pero no pudieron lograrlo: yo encubria el tesoro de mi amistad con Amelia bajo el velo del más impenetrable misterio; como el avaro, temia que me robasen mi riqueza así que fuera conocida.

Veia todas las noches á aquella criatura, la sola, sin duda, que el mundo ha poseido tan sublime y tan noble: el dia lo pasaba trabajando; en cuanto á ella, lo pasaba igualmente inclina-

da sobre su bordado, terrible ocupacion, que consumia la sávia de su vida.

Con su ejemplo fué con lo que adquirí el amor á la ocupacion constante, amor que, una vez adquirido, ya no nos abandona, á no ser cuando algun terrible huracan agita el alma y la trastorna en su tranquilidad de una manera violenta.

Amelia, mujer fuerte por su valor, era una niña respecto al candor y á la inocencia de su alma; desconocia el mal, ó si le conocia, era sola y únicamente por intuicion, bastando esto para que le profesase un horror invencible. Conjunto extraño de amables debilidades y de cualidades grandes, enamoraba tiernamente y subyugaba con el poder invencible de todo lo que es grande y verdaderamente bello: cuando el espíritu se adormecía en la inefable dulzura de su trato, un brillante rasgo de grandeza despertaba aquél, y le encaminaba á otras regiones: las lágrimas acudían muchas veces á sus ojos; pero el valor, el noble y generoso valor, residia siempre en su corazón.

—¿Cómo es posible, le dije un dia, que siendo Vd. lo que es, no haya vivido en eterna union con su marido?

—¿Me concede Vd. algun valer? me preguntó con una melancólica sonrisa.

—¡Inmenso! le respondí.

—Por eso mismo, dijo Amelia: ó yo valia mu-

cho respecto á él, ó él muy poco respecto á mí, ó eran acaso ambas cosas: en ese caso, ni yo tuve la generosidad de bajar hasta él, ni él el valor de elevarse hasta mí: de eso nació nuestra ruptura: esa es la causa de nuestra eterna separacion, que no puede tener fin.

Sentí una íntima, una violenta sensacion de dicha al oír estas palabras. Amelia era ya mía para siempre, porque jamás volvería á ser de su marido.

No podía engañarme acerca de la naturaleza del sentimiento que aquella jóven me inspiraba: yo la amaba, la amaba con pasion, con la primera, con la única, con la última pasion de mi vida; todas mis sensaciones á ella estaban sujetas, y de ella procedian; ella flotaba siempre entre las nieblas de mi sueño cuando dormía; por ella trabajaba, por ella tenía horror al libertinaje, al desórden, á todo lo vulgar y grosero; por ella vivía, en una palabra, material y espiritualmente; su dulce imágen vagaba siempre en derredor mio; su nombre moraba en mis labios y estaba escrito en mi corazón; su recuerdo me seguía, me animaba y me consolaba; dentro de mi alma llevaba escrita, á la manera de los caballeros antiguos en su escudo, esta divisa:

—*Todo por ella y para ella.*

¡Ella! Despues que la he perdido, la vida se ha cubierto para mí de luto, y nada, nada hay

aquí abajo que me parezca digno de conservarla.

XI.

El mundo no podía perdonarnos aquella celeste felicidad, aquel amor del espíritu, aquella intimidad, llena á la vez de pureza y de delicias, que hacia de nuestra vida un trasunto del cielo.

Amelia, desposeida de todo amor en la tierra, me amó, acaso sin darse cuenta á sí misma, y por esa irresistible necesidad de afectos que el corazón de la mujer siente siempre, y que el suyo debía sentir más que ningun otro á causa de su temple: pronto pude penetrar en su inocente vida: casada, niña aún, su enlace, feliz al principio, se había convertido despues para ella en un pesado yugo; su marido, ingrato, dominado por pasiones ruines, entregado al escándalo, se había olvidado hasta de su existencia, puesto que jamás había sido capaz de estimarla. Amelia vivía sola y aislada en la tierra, cuando yo la conocí; la carta que escribía la noche del día en que la ví por la primera vez, aquella carta que la hacia llorar, pero en la cual evitaba, por un sentimiento de orgullo y fortaleza, que cayesen sus lágrimas, era para su marido; la pobre criatura ansiaba aún una reconciliacion, olvidando ó no queriendo acordarse del

cruel martirio que la habia agobiado al lado del hombre que tenia el deber de hacerla dichosa; mas, desengañada de que aquella no podia llevarse á cabo, se resignó á una vida fria, pálida y solitaria, enteramente dedicada al trabajo.

No tenia parientes ni ninguna amistad íntima y verdadera, y empezaba ya á minarla una enfermedad de languidez cuando por fortuna ó por desgracia nos encontramos en el camino de la vida.

La pobre jóven revivió bajo la influencia del tierno cariño que yo la profesaba: el amor inundó su alma como una rápida corriente inunda, rota la exclusiva, los áridos campos que ansiaban su venida: ella creia amistad, como llegué á creerlo yo, el afecto que nos unia; y sin embargo, uno y otro nos amábamos con fé, con ardiente fé, con inmensa y recíproca ternura.

Era imposible, despues de haber conocido á Amelia, pensar ya en ninguna otra mujer: la sublime pureza de su pensamiento se reflejaba en todas sus palabras y en todas sus acciones: era buena, noble, admirable sin saberlo, y asombrándose de que se la encontrase mejor que á las demás mujeres, sin apereibirse de ello unas veces, y otras ansiando la expansion que jamás habia tenido, me confió todas sus penas, todas sus decepciones, su juventud, agostada por un dolor sin objeto y sin nobleza, la malvada ale-

gría y el abandono de las que se llamaban sus amigas, y todo el cúmulo de amarguras atesorado durante un corto período de su vida.

Una mañana fui á su casa y ví con dolorosa sorpresa su semblante abatido y desencajado: yo la habia dejado la noche anterior tranquila y llena de aquella dulce serenidad que era el estado habitual de su alma.

—Me alegro de que haya Vd. venido, me dijo; temia que no lo hiciera hasta la noche.

—¿Qué tiene Vd.? exclamé; ¿qué sucede?

—Ha estado Julia, me dijo con tan dolorosa conmocion, que sus lábios temblaban.

—¿Y qué?

—¡Me ha dado un rato cruel!

—Lo infiero por el estado en que la encuentro á Vd... pero, ¿qué ha dicho?

—Que mi reputacion está perdida á los ojos de mi marido y á los del mundo, por... por...

Amelia se detuvo; un penoso rubor subió á su blanco rostro, pero yo adiviné lo que ella no se atrevia á decir.

—Porque la acusan á Vd. de tener relaciones de amor conmigo, ¿no es verdad?

—¡Si! contestó Amelia débilmente.

Yo guardé silencio.

—Julia, prosiguió mi pobre amiga, ha venido á decirme, de parte de su madre, que no vaya más á verla.

—¡Eso es una infame mentira! exclamé indig-

nado; conozco bien á mi tia, y no ha podido decir tal cosa.

—No obstante, repuso Amelia con entereza, no volveré á verla hasta que la señora de Romagosa no venga á verme á mí. En cuanto á nosotros, para alejar sospechas, es preciso; es indispensable que dejemos de vernos.

—¡Cómo! exclamé; ¿sacrificaría Vd. á indignas hablillas nuestro puro y noble afecto?

—Es preciso, amigo mio: y si Vd. me quiere verdaderamente, lo comprenderá así: Vd., prosiguió Amelia, será ménos infeliz que yo; el hombre tiene muchas distracciones; la mujer que vive como yo, no tiene ninguna.

—Mi cólera, mi dolor, fueron de tal suerte impetuosa, que me levanté y dije con ira:

—¡Voy á complacer á Vd. retirándome, y no volviendo más! pero no está lejos el día en que llorará el haber perdido mi afecto, por dar importancia á las voces de la malignidad y de la envidia.

Salí dicho esto; pero en la puerta de la salita que antecedia al gabinete que ocupaba Amelia, me detuve; esperaba que viniese hácia mí, ó que me llamase al ménos.

Nada de esto hizo; pero yo oí un sollozo: tuve la crueldad de no volver, y salí de allí con el corazón desgarrado.

Corrí á casa de mi tia, y la hallé sola.

—¿Es cierto, la dije, que Vd. rehusa recibir

á Amelia? ¿Es verdad que ha encargado á Julia que vaya á decirselo?

—Mi tia me miró con un asombro doloroso.

—Si tuviera aún alguna duda de la vergonzosa debilidad de esa criatura, que juzgué la más noble de la tierra, el estado en que te veo me la quitaría: siento su caída, pero no puedo ya evitarla, sino acusarte á ti de ella.

—Y ¡qué, señora! exclamé lleno de indignación: ¿es preciso que esa desgraciada víctima se condene á la soledad, al aislamiento, á la muerte, porque á la maldad del mundo le place condenarla? ¿No ha de hallar en su abandono una persona amiga, un corazón en el que pueda reposar el suyo?

—No puede buscarlo ni admitirlo, repuso severamente mi tia: para las almas condenadas á esa soledad, no queda más que un solo consuelo y una sola compañía, Dios.

—No exija Vd., señora, lo que ese mismo Dios no exige! exclamé con ímpetu: ¡los solitarios, los ascetas, tenían una suerte más feliz y más fácil que esa desgraciada, á la que Vd., con el mundo, condena sin misericordia! Ellos, á lo ménos, no presenciaban la felicidad de los otros, ni el amor dichoso, ni la amistad verdadera; á los riscos que habitaban no llegaba el eco de los afectos humanos!... pero á esa desdichada que vive aislada en medio de las soledades del mundo, habitadas por todas las pasiones; á

esa débil criatura desposeída de toda felicidad, y presenciando la que los demás disfrutan, ¿es posible, ni justo, ni cristiano, exigirle que mate su corazón, y que le cierre á todo afecto?

—Ese es su deber, repuso mi tía con inflexible rigidez; y la recompensa de cumplir ese deber la hallaría en su propia conciencia.

—Señora, dije levantándome con mayor indignación de la que me poseía al entrar; no creo que haya Vd. dado á su hija el encargo de ir á martirizar á la pobre Amelia; pero necesito que ahora mismo me diga si está dispuesta á darle una satisfacción de la injuria que mi prima le ha inferido.

—¿Qué satisfacción? dijo mi tía mirándome con una sorpresa llena de altivez.

—Una muy sencilla: vaya Vd. á ver á Amelia hoy mismo.

—¿Para qué?

—Para darla esta prueba de afecto y de estimación: ¿no iba Vd. antes alguna vez á su casa?

—Sin duda.

—¿Qué hay, pues, de extraño en que vaya Vd. hoy?

—No iré, dijo mi tía, por dos razones: la primera porque esa jóven se ha degradado á mis ojos; la segunda, porque me quieres imponer esa visita, que me es repugnante.

—¿Es esa su decisión de Vd.?

—¡Irrevocable!

—Entonces, permítame Vd. que me despida para siempre, despues de asegurarle que la pureza de Amelia es la de un ángel.

La señora de Romagosa se rionó con incredulidad, y respondió:

—¿Qué importa, aunque así fuese, si las apariencias la condenan? Más valía que salvase éstas, y que hiciese lo que quisiera con decoro.

—¿De modo, exclamé, que la hipocresía es necesaria en el mundo? ¿De modo que no es estimable la virtud, sino sus apariencias?

—Eso es una verdad innegable, repuso mi tía; no basta á la mujer el ser buena: necesita parecerlo.

Sali indignado y sin querer oír ni pronunciar una palabra más: sin saber cómo, corrí á casa de Amelia.

—La señorita ha salido, me dijo la criada.

—La esperaré, respondí, creyendo que se había negar para no verme.

Entré en su gabinete; en efecto, al parecer no estaba; pero todo se hallaba lleno de su presencia; su bordado, su libro, las flores, que ella misma había colocado en las copas que se veían sobre la chimenea, todo me hablaba de ella; ella, ó á lo ménos su espíritu, estaba allí.

En vano esperé dos horas; lleno de despecho, salí de su casa.

Ya en la mia, volvió á asaltame la idea de que se hallaba en casa y no había querido que

la viera, y herido en mi amor propio, no quise volver.

—Ella me escribirá, me dije.

Pasó todo el día, y el siguiente, y no tuve carta suya.

Al tercero, y no pudiendo ya resistir al tormento que me asesinaba, fui á verla.

—La señorita está enferma, me dijo la criada.

Volé á su alcoba.

Amelia no era ya más que la sombra de la bella criatura que yo habia conocido.

Parecia una estatua de mármol derribada de su pedestal.

Tendida en su blanco lecho, con la cabeza caída hácia atrás, parecia respirar con una pena indecible; su palidez era la del marfil; sus ojos se hallaban rodeados de grandes círculos oscuros; de cuando en cuando se escapaba un gemido de su pecho, y llevaba una mano al lado izquierdo con una angustia indecible.

—¡Amelia! exclamé arrodillándome al lado de su lecho y tomando su mano.

Ella se sonrió débilmente, y luego me dijo con voz doliente y quebrantada:

—¿Por qué ha venido Vd.? No debemos, no podemos vernos más...

—¡Lo que haremos será no separarnos más! exclamé con vehemencia: huiremos de aquí, nos iremos á un país extranjero, donde seamos pa-

ra todos desconocidos, y donde pueda unirnos el lazo de nuestro mútuo amor.

—¡Oh sí! exclamó Amelia incorporándose con esfuerzo y echando atrás las hermosas trenzas de sus cabellos rubios; ¡oh, sí, eso seria mi salvacion, Mauricio! pero eso no puede ser!

—¿Por qué? ¿quién lo impedirá?

—¡Somos pobres los dos! ¿de qué habiamos de vivir?

—¡Ah! ¡no pensemos en eso! exclamé estrechándola en mis brazos: recobra la salud, alma mia... tú serás mi amiga, mi hermana, mi amada... lo que quieras ser... para mí lo preciso, lo indispensable es no separarme jamás, jamás de tu lado... qué, ¿no es bastante corta la vida para que busquemos anticipadamente la muerte en la separacion, en la cruel y helada separacion?

Amelia sonreia al oir mi voz: un débil sonrosado cubria sus pálidas mejillas; sus ojos se animaban con un rayo de amor, y la sangre parecia circular por sus venas con una nueva vida.

De repente se apagó toda aquella radiosa expresion de dicha; sus ojos se cubrieron con un velo de dolor, y de ellos salieron dos lágrimas que corrieron lentamente á lo largo de sus mejillas; volvió su rubia cabeza al lado opuesto á donde yo estaba, y murmuró:

—¡Es imposible! ¡Esa felicidad futura es solo

un sueño!... ¡Mauricio, querido Mauricio, no debemos vernos más!

El médico, que entró en aquel instante, me impidió responder: acercóse al lecho, y tomó la enflaquecida mano de la enferma, á la que examinó con cuidadosa atención. Volvióse después hácia la criada, y exclamó con acento severo:

—¿A quién ha visto hoy la enferma? ¿Quién ha hablado con ella?

—Solo este caballero, respondió aquella con acento medroso.

—¡Pronto! ¡Una taza de tisana muy cargada de azahar! Está empezando un ataque horrible al corazón.

En efecto, Amelia tenía los ojos cerrados, los labios descoloridos, y su palidez era mucho más intensa que algunos momentos antes; por encima de las ropas del lecho se veía la horrible palpitation de su corazón, que se agitaba como una fiera enjaulada; el médico la levantó la cabeza con su brazo, rechazándome con una mirada imperiosa, cuando vió que yo quería hacerlo.

Cuando hubo bebido la tisana, el médico dejó otra vez sobre las almohadas aquella peregrina y doliente cabeza, y se volvió á mí diciéndome con tono severo:

—Sígame Vd., caballero.

Yo le obedecí: una vez en la salita que an-

tecedía al gabinete de Amelia, me llevó hácia el balcón y me dijo:

—Voy á expresar á Vd. en dos palabras el estado de esa pobre jóven. Una gran pena ha desarrollado en ella una enfermedad del corazón, cuyo gérmen estaba oculto, pero existía desde su nacimiento: de hoy en adelante, cualquiera emoción fuerte la hará adelantar rápidamente hácia el sepulcro, porque esas dolencias no tienen cura. Si Vd. se interesa por ella, evítete, pues, esas emociones, que la pueden matar en pocos días.

El hombre de la ciencia, dichas estas palabras, me volvió la espalda.

Yo quedé yerto, mudo é inmóvil; después, abrumado con la inmensidad de mi dolor, y sin atreverme á entrar de nuevo en la alcoba de Amelia, salí de la habitación y me lancé como un loco á la calle.

XII.

Ya no volví á verla ni aquel día ni en otros muchos: iba, sí, á la puerta de su habitación á informarme del estado de su salud: la buena mujer que la servía me instaba á que entrase, pero yo no me atrevía, y me contentaba con que me dijese:

—Va estando un poco mejor.